

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LA ESPAÑA REAL POLITICA Y PREPOLITICA

LA publicación de mi artículo «Otra vez Cataluña», anticipación del apéndice a la nueva edición (Aymá) de mi «Consideración de Cataluña», me ha valido algunas cartas de catalanes, que quiero agradecer muy cordialmente y responder aquí, de manera global y pública, ya que casi todas ellas descubren el mismo fondo de preocupación.

Mi libro significaba un intento de comprensión de la realidad y los problemas de Cataluña; trataba de proyectar cierta claridad sobre la estructura de la sociedad catalana, sobre su forma de implantación en la sociedad española y de ésta en la europea y, en último término, en la occidental; sobre ciertos aspectos históricos, sobre la condición y las vicisitudes de la lengua catalana; sobre la manera cómo los catalanes y los demás españoles sienten acerca de sus vínculos y mutua pertenencia. Se trataba, en suma, de «entender» la realidad de Cataluña en su contexto efectivo y sin ocultar las dimensiones problemáticas de su historia, su presente y, sobre todo, su futuro.

Pero mis corresponsales sienten —y a veces dicen— que hace falta algo más. Por supuesto que lo primero es entender; pero, una vez que se ha entendido, hay que «hacer». Dicho con otras palabras, los problemas que nos preocupan no son sólo problemas teóricos, sino principalmente prácticos, y sobre todo políticos. Hace falta —vienen a decir los catalanes que me escriben— dar una solución política a los problemas planteados (y yo aclaro: no que estén planteados «por alguien», sino que «están» planteados).

No puedo estar más de acuerdo. Únicamente me atrevo a recordar que la contraposición entre «teoría» y «práctica» no es muy aceptable. Aristóteles sabía muy bien que la «teoría» es la forma suprema de «praxis», es decir, lo más práctico de todo (pueden verse mis traducciones al español de su «Política» y su «Ética a Nicómaco», hechas en colaboración con María Araujo y publicadas hace ya bastantes años). Por otra parte, toda teoría es para una práctica, para una acción, para dominar la realidad, manejarla, transformarla; pero sin teoría adecuada, no se hace más que manejar torpemente la realidad, confundirla, acaso destruirla. Por esto, si hay algo urgente, es lo que merezca llamarse pensamiento político.

Ahora bien, hay muchas situaciones en la historia en que no hay política, y algunas en que, además, la política es imposible. Y entonces se produce un espejismo engañoso y peligroso —como casi todos los espejismos—: creer que se está haciendo política cuando, a lo sumo, se está hablando de política. Esto es lo que le ocurre desde hace casi cuarenta años a los españoles.

Hace ya trece años, en 1961, escribí que la consecuencia de ese espejismo es que no sólo no se hace política, «sino que se deja de hacer lo que es posible y necesario: «pre-política», aquellas acciones destinadas a hacer que la política vuelva a ser posible». «Y no se olvide —agregaba— que la política es necesaria para la «vida» de los pueblos, y que cuando no la hay surgen en su lugar otras realidades, no bien conocidas y estudiadas, y que pueden comprometer el destino colectivo para decenios, quien sabe si durante siglos. Este es otro tema que los historiadores no se han cuidado de esclarecer suficientemente: qué hay «en vez de política» cuando la política no puede existir». («Los Españoles», II, p. 132.)

En tiempos modernos, quiero decir después del «antiguo régimen», se entiende por política la actividad que conduce a alcanzar el Poder y ejercerlo. No hay política más que si el Poder puede conquistarse y perderse, se entiende, en virtud de fuerzas políticas (no de la violencia o la intriga). Si los titulares del Poder no pueden variar por motivos políticos, mediante un mecanismo previsto y lícito, y públicamente, con participación de los individuos y los grupos sociales, no hay política.

Se puede considerar que esto es admirable y produce la felicidad de los hombres. Es lo que piensan, por ejemplo, los partidarios de todos los regímenes al Este del «telón de acero» y de algunos al Oeste de esa línea nada imaginaria. A mí personalmente esas situaciones me parecen deprimentes y, por añadidura, muy peligrosas. No creo, por supuesto, que ningún tipo de régimen dé la felicidad; pero estoy seguro de que algunos la quitan; ninguno la garantiza, pero algunos la hacen su mamente difícil e improbable. En todo caso, y sean cualesquiera los méritos de unos y otros, yo diría que hay «regímenes políticos» y otros que son «regímenes de gobierno» pero no «políticos».

Naturalmente, no basta con que un régimen sea político para que plantee adecuadamente los problemas reales. El aparato del Estado puede ser formalmente correcto, pero estar afectado por un vacío político, por una falta de presión política de la sociedad, de los ciudadanos. Cuando esto ocurre, casi siempre este vacío es ocupado por otras presiones «impolíticas» (la militar, la económica, la demagógica, la terrorista); es lo que ocurre con frecuencia en Hispanoamérica y en otros lugares.

Un caso particularmente iluminador es la España de la Restauración. Hace mucho tiempo que me sorprende la dureza de las críticas de que era objeto por parte de los hombres mejores de la época, desde Joaquín Costa hasta Ortega, pasando por la generación del 98 en pleno. Cuando se considera a distancia la Restauración, no puede menos de admirarse su eficacia, su carácter «civilizado», el margen de libertad amplísimo que permi-

ta, su resistencia a la adversidad, de manera que pudo cruzar el desastre del 98 sin una subversión ni una dictadura, manteniendo su «débil» Estado liberal y democrático, regido por una mujer, la Reina Regente.

Lo que sucede es que la Restauración, por temor, por cansancio, por cierto escepticismo, prefirió no enfrentarse con los más graves problemas reales. Advirtase que no fueron sólo los Gobiernos los culpables, sino igualmente las instituciones todas, públicas y privadas, la sociedad organizada entera. Cuando Ortega, en 1914, en «Vieja y nueva política», contraponía la «España oficial» a la «España real» (o «vital»), tenía buen cuidado de aclarar que la primera no era sólo el Gobierno. «Toda una España, con sus gobernantes y sus gobernados», decía. Esta fue la España que rehuyó los problemas apremiantes.

¿Cuáles eran? Principalmente tres. El de los restos del antiguo Imperio español, lo que quedaba de «las Españas»: Cuba, Puerto Rico, las Filipinas, países que estaban insatisfactoriamente vinculados a la España europea, imperfectamente instalados en una comunidad política que había perdido sus formas anteriores a la Independencia de América continental y no había sabido encontrar otras. El segundo problema era lo que se llamaba —recuérdese «La Verbena de la Paloma», 1894— «la cuestión social»: el de la pobreza española y su distribución, la reciente «proletarización» consiguiente a una industrialización retrasada y una crisis agrícola. El tercero, el de las regiones «incómodas», especialmente lo que se llamaba el «catalanismo».

La actitud de la «España oficial» ante estas tres cuestiones se puede resumir en una palabra muy de la época: «trampar». En el mejor de los casos, «poner paños calientes». Se trataba, claro es, de «aplazar» el momento de tomar el toro por los cuernos.

Todos sabemos bien lo que ocurrió. El primero de estos problemas se resolvió a raíz, desgajándose de la comunidad hispánica Cuba, Puerto Rico y las Islas Filipinas, los países que hubieran podido ser «Estados Libres Asociados», para emplear la fórmula que hoy es vigente en el menor de ellos (pero, claro, asociado a los Estados Unidos). Los otros dos se fueron agravando, enconando a lo largo de los primeros decenios de nuestro siglo, y fueron decisivos en la génesis de la discordia que culminó en la Guerra Civil.

¿No es hora de pensar a fondo, libre, serena y responsablemente, sobre los problemas políticos españoles, sin darlos por resueltos, sin disimularlos, sin embarcarse en la primera ocurrencia o el primer arbitrio o la primera arbitrariedad? Por ejemplo, amigos catalanes, ¿no convendría pensar sobre la compleja estructura regional de España y sus posibilidades políticas?

Julián MARIAS

DEL POBRE AL CONSUMIDOR LA MISERIA Y SUS FILOSOFIAS

NO hace falta ser demasiado viejo para poder testificar el cambio. Y el cambio a que me refiero se produce en el terreno de la evaluación moral del concepto y la realidad de la «pobreza». Cuarenta, treinta años atrás, todavía era frecuente oír o leer curiosas «defensas de la pobreza», generalmente preparadas desde el ángulo religioso. Digo «defensas de la pobreza», y no «defensas del pobre»: entendámonos. Se trataba, en efecto, de conferir a la situación económica infima un rango especial de dignidad. «Ser pobre es un título de nobleza», escribía san Agustín, y, más o menos, el argumento se prolongó a lo largo de los siglos. Frente a las desigualdades sociales evidentes, todo un cuerpo de doctrina se propuso encontrar la fórmula compensatoria —o consolatoria— que restableciera la idea de una «justicia» metafísicamente final, remitida a Dios. La dificultad de «salvarse», para el rico, ya quedó anunciada por el Cristo, con aquello del camello y el ojo de la aguja. De todos modos, para el rico existía la virtud de la caridad. Al pobre le asignaron la virtud de la resignación, como es sabido. Más aún: la pobreza, en sí, era una virtud, y voluntariamente la asumían, con voto expreso, monjes y frailes. Esto ocurría hasta anteaer mismo... Y, de pronto, la cosa ha experimentado profundas alteraciones en su planteamiento. Ya nadie se atreve a exaltar la «pobreza». Apenas nadie.

¿Por qué? No creo que todo, ni mucho menos, se deba a la presión de las reivindicaciones de signo «proletario», de palabra y obra, aunque tanta importancia han tenido y siguen teniendo. Me temo que influyen más energicamente los procesos «interiores» del sistema de producción, cuyo desarrollo inflexible, con altibajos, sin duda, pero claro, desemboca precisamente en la eliminación del «pobre». Hago estas observaciones, huelga precisarlo, pensando en las áreas de industrialización progresiva, por un lado, y no socialistas, además. En ellas, durante una etapa —la de «acumulación» (¿primaria?) de capital— larga, el «pobre» fue necesario; ahora, no sólo ha dejado de serlo, sino que su supervivencia resulta una rémora. «Siempre habrá pobres entre vosotros», fue la advertencia de Jesús. «Procurad que no sean siempre los mismos», apostilló, un día, don Eugenio d'Ors. Sólo que, ahora, si bien continúa habiendo pobres, no «interesa» que los

haya. Para que el tinglado funcione, tal como está montado, conviene que el «pobre» ascienda a «cliente». Ha de poder «comprar», y, por tanto, han de sacarle de la miseria. Los que tienen la sartén por el mango han descubierto —o sus asesores científicos, en definitiva— que la «pobreza» es antieconómica, y harán todo lo posible por extirparla.

No hay en ello el menor rastro de la antigua «caridad». El mecanismo carece de motivaciones éticas o sentimentales. La imagen cristiana del «prójimo» tiende a esfumarse, justamente, a medida que progresa la figura del «consumidor» y, la no menos urgente del «asegurado», que, bien mirado, se confunden y son una y la misma. Para que el negocio marche, la gente ha de disponer de una capacidad de «adquisición» mínimamente afable: que rebasa la agnición cotidiana de la estricta «necesidad» elemental. Y la gente ha de tener —también— «mínimamente» solventados los riesgos residuales de la enfermedad, del accidente, de la vejez, de la muerte. Lo uno y lo otro significan la abolición de la «pobreza». Cualquiera comparación con el pasado, incluso con el pasado inmediato, certifica el avance. Lo que ello implica de sacrificio —horas de trabajo, y otras amarguras— salta a la vista, y nadie se engaña acerca del particular. Pero, en medio de este lío, se pierde la noción de «pobre». Se está perdiendo. La «pobreza» como categoría ética o sobrenatural ya no cuenta. Y ni casi llega a contar como gesto irritado, de subversión. La fraseología «miserabilista» de los grupos hostiles del «establishment» se deteriora. No por falta de miserables, claro está. Sólo que, estadísticamente, las «clases» subalternas ingresan al dominio de la «compra» en términos sin precedentes. No ocurre —o empieza a ocurrir— más que eso, pero tampoco menos.

Puede que el neocapitalismo, un día u otro, se desmorone. Quizá. De momento, y a pesar de los pesares, no parece que la catástrofe vaticinada por sus enemigos sea inminente. Y el neocapitalismo, para no hundirse, necesita compradores, una muchedumbre cada día más vasta de parroquianos, que absorba la pléthora de productos y de servicios salidos de su maquinaria. El «pobre» es un obstáculo a su supervivencia. En las sociedades precapitalistas, la indigencia sistemática de la mayoría supo-

nia —y supone aún— una premisa inevitable: sobre ella se aguanta la ventura del señor feudal. El señor feudal no vende: cobra tributos. La distinción no es meramente jurídica, aunque haya mucho que hablar sobre las interioridades reales del asunto. La trayectoria ascendente de la burguesía dependió del aumento de la masa de «compradores», y lo de ahora, en los países «desarrollados», constituye el principio de la penitid del propósito. Dejo de lado las alternativas en trámite o hipotéticas: pienso en lo que nos rodea, la órbita de las «multinacionales», de los «monopolios» y de lo demás. La caricatura de Papini sigue vigente: Mr. Ford pagaba «bien» a sus empleados para que sus empleados pudieran comprarle coches. Coches, electrodomésticos, fármacos, conservas, discos, tejidos, hoteles, papeles impresos, ibeemes, juguetes, quirófanos, desodorantes, pisos, turismo, bebidas juveniles, ocio, cigarrillos, escuelas, relojes, salud, la inmensa trama del mercado en que estamos sumidos, con sus interrelaciones tan complejas como apretadas, descartan al «pobre»: al pobre antiguo y desesperado, o resignado, arisco o virtuoso. En una terminología medianamente ágil, hoy, lo contrario del «pobre» no es ya el «rico», sino el «comprador».

Me da la impresión de que no es la primera vez que apunto este distinguo, y valga por lo que valga. Una de las sutilezas que derivan, ambiguamente, de la coyuntura, es ésta: que, al abolir —o tender a abolir— la etiqueta de «pobre», con sus connotaciones arcaicas, rayanas en la mendicidad o en la inanición, el «rico» antagonista también se diluye. Con todo, lo cierto es que el «consumismo» se impone, y con éxito. Suela ser miniconsumismo, de supermercado de barriada, de indumentaria juvenil, no de piezas caras, provocativamente fungibles y adscritas a la tradición del «lujo», sino «consumo» mediocre, inédito y ansioso. Los pobres, ascendidos a ex pobres —«¡tan pobres como som!»—, según el verso de Salvat-Papaseit—, se inician en la delicia de comprar. Calificarlo de «alienación» sería precipitado. Las personas capaces de pronunciar el dictamen de «alienación», aquí, pertenecen en un alto porcentaje al ramo de los «alienadores»... La «pobreza», sea como fuere, ya no es lo que era. No importa, a efectos del análisis, si el número de los no pobres alcanza, o no, cifras ya mayoritarias. Porque la cuestión auténtica es que

nadie quiere serlo. Se me dirá que nunca nadie quiso ser pobre, y es verdad. La diferencia es que, hoy día, se esfumó la «ideología» que, de muchas maneras, fomentaba los ascetismos involuntarios. Y sin que la «revolución» tenga nada que ver. La «revolución» se propone, ante todo, cambiar el «sistema de producción», con la esperanza de que lo demás se dé por añadidura. La antipobreza neocapitalista es otra cosa.

Mientras tanto, el problema excede los límites del área ultraindustrializada o camino de llegar a este nivel, y millones y millones de habitantes del planeta continúan sobrecogidos por el hambre y la enfermedad, por la miseria literal. Para ellos, y a otra escala, tampoco la limosna resulta un remedio, ni admiten la paciencia como autofascinación apaciguadora. De eso apenas nos informan los periódicos, si no es en algún episodio espeluznante. El Tercer Mundo de los titulares de prensa no son las muchedumbres literales por la inopia absoluta, hindúes, de Biafra o de donde fuere, sino sus «feudales» y sus «burgueses». Hace poco, en farsa del petróleo, los protagonistas eran los emires de turno, y no la sufrida población del bedulismo. Es lo corriente. La miseria que el neocapitalismo no ha conseguido colonizar, o ha desdennado, un día u otro, explotará con algo más que con unas guerrillas esporádicas. O no. Nunca se sabe. En todo caso, las noticias son que hasta algunos curas —del clero indígena o del misionero—, con o sin la tolerancia del ordinario del lugar, se apuntan al combate: en Hispanoamérica, naturalmente, que es donde aún influye el papismo. En ese contexto, la venerable literatura católico-romana relativa a la pobreza resulta desplazada. Mucho más, incluso, que dentro de las aproximativamente placenteras ofertas del consumismo popular... Y no hay una tercera vía. La de los «filósofos» está cortada. Los filósofos prefieren hablar de sus cosas, de otras cosas (la filosofía consiste en «hablar de otra cosa»), y ni siquiera con alusiones clásicas. «El que se contenta con lo que pide la Naturaleza, que es pan y agua, no puede ser pobre», dijo Séneca. Séneca era un usurero rapaz, un latifundista torvo, y cuando hacía propaganda de la «pobreza» trataba de engañar. Los otros...

Joan FUSTER

PEDRO ROVIRA
COSTURA

Ultimos días, liquidación modelos
ALTA COSTURA Y BOUTIQUE

Rbla. de Prat, 7, entlo.

AZULEJOS

Liquidación de buenas partidas
ROMOS 15 x 15 a 2 pts. lisos, 15 x 15 desde 3 pts. decorados, de 15 x 15 desde 4 pts., especiales desde 5 pts.
PAVIMENTOS, 10 x 20 lisos, 300 pts. m.2
10 x 20 decorados, 350 pts. m.2, 20 x 20, decorados desde 350 pts. m.2
CERAMICAS CONDAL, c. Teodoro Bonaplata, 3 (junto Paralelo), Tel. 243-46-51.

BALNEARIO BROQUETAS

Plaza de España, 1 — Caldas de Montbui
Aguas termales. Restaurante. Piscina. Parque infantil. Grandes jardines
Cocina catalana
Bodas. Convenciones. Reserve su mesa al
Teléfono 865-00-00